V

La caza del gallo

Jorge y Murillo no pensaron en el momento sino en huir: el enemigo estaba sobre ellos, ó mejor dicho, ellos se encontraban en medio del enemigo.

Jorge, sin soltar su mosquetón, tomó uno de los senderos que tenía al frente y que estaba desierto, pero á pocos pasos oyó detrás el galope de un caballo: un dragón, con el sable levantado estaba ya á corta distancia. Jorge quiso huir, pero no era tiempo: sintió sobre su frente un golpe formidable y un espantoso dolor como si la montaña se hubiera desplomado sobre su cabeza; cruzó ante su vista un relámpago rojo, sangriento, vertiginoso, y luego ya no supo más.

Cuando volvió en sí, no podía recordar lo que había pasado, ni en dónde estaba; se sentía como despertando

de un profundo sueño: le dolía la cabeza, llevó allí la mano y la retiró cubierta de sangre: entonces lo comprendió todo. El sable del dragón le había causado una herida profunda y había caído privado de conocimiento entre la maleza que crecía profusamente á los lados del camino, y seguramente creyéndole muerto no se habían ocupado ya de él.

Pero esto debía haber pasado hacía poco tiempo, porque la sangre aún estaba caliente.

El sentimiento de la propia conservación le hizo reflexionar.

Era necesario ocultarse por si el enemigo aún no se había marchado.

Levantó cuidadosamente la cabeza, y á poca distancia oyó un toque de corneta.

Jorge había hecho bastante tiempo la campaña, para no conocer que era un toque francés.

Varios zuavos pasaron entonces por su lado, pero sin parar la atención en lo que ellos creían un cadáver.

Dos dragones venían después, y al llegar enfrente de él se detuvieron.

Era un momento supremo de agonía: Jorge contuvo la respiración.

— Mira, dijo uno, á éste yo le maté.

— Puede que esté vivo, contestó el otro.

— ¡Qué vivo! Nadie se queda vivo cuando yo le doy un machetazo.

— ¡Quién sabe! lo veremos.

— Déjale, yo respondo.

— ¿Y si no está muerto?

— Pues tírale un tiro y vámonos.

Jorge oyó el ruido seco y nervioso que hace un arma de fuego al prepararse, apretó instintivamente los párpados y se estremeció.

Se escuchó una detonación, que fué repitiéndose hasta perderse en los ecos de la cañada, y Jorge sintió el proyectil que se enterraba en el tronco de un árbol muy cerca de él.

— Vamos, mata muertos, dijo una voz detrás de los soldados, á su cuerpo.

— ¡Mi capitán, si estaba vivo!

— ¡Qué vivo! ¡A su cuerpo! yo les enseñaré á gastar inútilmente el parque.

Jorge conoció por el ruido de las pisadas de los caballos que los jinetes se alejaban.

Abrió los ojos: estaba solo.

Entonces, arrastrándose, sufriendo atroces dolores, deteniéndose á cada instante y procurando no mover ni la maleza, comenzó á caminar entre la espesa hierba y entre los tupidos arbustos que formaban allí un bosque, donde nadie podría penetrar si no era arrastrándose como él.

A cada momento sentía deslizarse bajo su mano culebras, higuanas, lagartos, sabandijas de todas clases, que

vivían entre los despojos de los árboles, y que por primera vez sentían turbado su reposo.

Jorge, horrorizado, se detenía, pero volvía á seguir caminando después; por fin, desgarrado por las espinas, perdida su ropa y casi exánime, llegó hasta una pequeña eminencia.

No había avanzado gran cosa; casi á sus pies estaba el campamento francés.

Pero cerca, muy cerca, podía escuchar sus risas y sus cantos de triunfo: afortunadamente el bosque, aunque de arbustos, era allí muy tupido; Jorge podía ver sin ser visto.

Los soldados preparaban su comida, y entre aquellos grupos había uno que reía y palmoteaba á cada instante.

Jorge quiso descubrir qué motivaba aquella algazara, y vió un soldado francés que perseguía, sin lograr alcanzarlo, á un hermoso gallo.

El animal tomó el camino del bosquecillo, y Jorge tembló: podía llegar hasta donde él estaba, y si el soldado que le perseguía le descubría, entonces estaba perdido.

El gallo corría más y más, estaba ya muy cerca; pero el soldado le arrojó su gorra de cuartel, y el animal, espantado, tomó otra dirección.

Jorge respiró, y sin embargo no estaba tranquilo, seguía con interés aquella caza, se había salvado una vez; pero ¿quién le aseguraba que no volverían por allí el perseguido y el perseguidor?

Por fin el animal, acosado, llegó al pie de un árbol, y haciendo un esfuerzo supremo, voló á colocarse en las ramas.

El soldado alzó la cabeza y lanzó un grito.

Muchos lo oyeron, y un gran círculo de tropa se reunió en derredor.

Hablaban á lo alto.

Entonces sucedió una cosa extraña: en vez del gallo, un hombre descendía de lo alto de las ramas.

Jorge redobló su atención, ansiaba saber quién era aquel desgraciado que caía entre sus enemigos.

El hombre tocaba ya á la tierra.

Jorge lanzó una exclamación.

Aquel hombre era... Nicolás Romero.

VI

El herido

Romero desapareció entre la turba de los franceses que le rodeaban y que se alejaban perdiéndose en el pequeño grupo de casitas de Papazindan.

Jorge permaneció inmóvil mucho tiempo; la cabeza le pesaba como si fuera de bronce; la piel de su rostro, cubierta con la sangre cuajada, había perdido su elasticidad y estaba casi insensible; sólo en la herida, las picaduras de los moscos le hacían sentir nerviosos y rápidos estremecimientos.

Quiso levantarse y caminar, pero sus miembros se negaban á obedecer.

La sed le abrasaba, el sol llegaba á la mitad de su carrera, y el viento no movía ni la hoja de un árbol.

La naturaleza tenía una calma desesperante.

El herido oyó tocar llamada, vió formarse los cuerpos y ponerse en marcha la columna por el mismo camino que había traído.

Sólo que ahora llevaban entre sus filas mártires y víctimas para el altar de la República.

Romero caminaba montado en uno de sus caballos, con la misma serenidad, con la misma indiferencia que siempre.

La columna trepó la montaña, los últimos soldados se perdieron entre las sinuosidades del camino, y volvió á reinar en la cañada un silencio profundo.

A no ser por algunos cadáveres esparcidos acá y allá, si alguien hubiera pasado en aquel momento no habría adivinado que acababa allí de representarse la primera parte de aquel sangriento drama, cuyo desenlace tendría lugar en la plazuela de Mixcalco de México.

Jorge respiró, estaba salvado; entonces le pareció como que sus músculos recobraban la fuerza, se apoyó en un árbol y se puso en pie.

Por un momento tuvo un vértigo tan horrible que creyó caer, sintió nublarse el sol y vacilar la tierra, pero se apoyó en el árbol, y el vértigo pasó.

¿Qué camino, qué rumbo tomaría? El terreno era desconocido para él, los franceses se dirigían seguramente á Huetamo á batir las fuerzas que allí había.

Jorge salió del bosquecillo; lo primero que necesitaba era calmar su sed.

Y á poca distancia brillaba, como un pedazo del sol caído en el mundo, un arroyo que asomaba saltando entre la hierba.

El herido se dirigió á él vacilando. Estaba cerca, y sin embargo, le parecía eterno el camino.

Al margen del arroyo, Jorge vió un soldado con el cráneo abierto de un sablazo, adelante otro, otro más allá.

—¡Cuántos muertos! exclamó.

Y el nombre de sus amigos vino á sus labios como una pregunta que hacía á Dios.

Se inclinó sobre el riachuelo, bebió hasta calmar su sed, después lavó su rostro con su pobre pañuelo, refrescó con agua su herida, y se cubrió con aquel mismo pañuelo empapado.

A pocos pasos había un viejo sombrero de petate, le levantó y se lo puso.

Entonces se sintió ya capaz de caminar, y apoyado en un bastón improvisado, se puso en marcha.

Poco á poco logró subir á una de las lomas que cierran la cañada, y exploró el horizonte.

Por el Poniente nada; montañas áridas y desconocidas que se perdían en lontananza, con infinitas formas, con inexplicables contornos, con sombras incomprensibles,

pero desiertas, tristes, pavorosas; aquello era un océano tempestuoso, petrificado repentinamente por la voz de Dios.

Hacia el Sur, y allá á lo lejos, como una cinta negra sembrada de polvo de acero que reflejaba la luz del sol, distinguió la columna francesa que tomaba la dirección de Huetamo.

Jorge no se había engañado.

Volvió la vista hacia el Oriente.

Destacándose en el azul purísimo del cielo, y dominando sobre las crestas de los montes que los rodeaban, dos inmensos y esbeltos trozos de granito, semejantes á dos minaretes árabes, parecían indicarle un camino.

Eran los picos de Cucha, esos caprichos gigantescos de la naturaleza, que llaman la atención de los viajeros y que guardan los recuerdos del célebre Barón de Humboldt, que los bautizó con el nombre de «Las Torres de Cucha».

Cerca de esas torres estaba Tuzantla, Zitácuaro, es decir, un país de amigos, un refugio para curarse ó morir en paz.

Pero para llegar allá ¡cuánto trabajo! y sobre todo, ¡qué precauciones para evitar el camino que recorrían entonces las tropas enemigas!

Y sin embargo, era preciso, y Jorge tenía esa resolución indomable que caracterizaba á los hombres de la

República, durante el paso de la patria por su época de prueba.

Procuró orientarse, cerró un momento los ojos como para fijar en su alma los detalles de los cerros y de las cañadas, y comenzó á caminar.